



Comisión 4

Índice

1. La primera vez. Franco Alarcón
2. El primero de muchos. Juliana Arias Llanez
3. Aquella tarde. Sol Becker
4. Como las plantas. Flavia Bernio
5. Mi compañera de vida. María Sofía Bojanich
6. Por él. Héctor Campos
7. Lo malo se va. Laura Castellanos
8. Rebeldes. Miranda Cerdá
9. Sin fuerza de voluntad. Dolly Carolina Corrales
10. El vuelo. Agustín De Bianchi
11. La droga del amor. Manuela Defina
12. Lucy en el cielo con diamantes. Lucía Demmis
13. Un viaje inesperado. Julieta Díaz
14. *Touch me, I'm sick*. Leandro Emanuel Díaz
15. No me llames para comer. Martina Díaz
16. Vete antes que encienda la luz. Alejandro García Pacherres
17. Candela. Camila Iñiguez
18. Poster y fotos. Martina Jacquet
19. Sueño truncado. Antonelia Listuer
20. Su manera de vivir. Julieta Luchetti
21. Kaspar. Pedro Maza
22. La calle 37. Agustina Moraño
23. Caminando con la soledad. Juana Nieri
24. Los genocidas del amor y paz. Pehuén Nuñez
25. A veces la soledad desespera. Viviana Palandri
26. ¿A quién le importa? Así soy yo. Jaqueline Andrea Pinto Penado
27. Decisiones equivocadas. Paula Rodríguez
28. Verte y festejar. Daiana Rojo
29. Entrelace de culturas. Anabella Roldán
30. Plantas prohibidas. Tomás Rolling
31. ¿Hasta dónde pueden llegar los límites? Federico Sánchez
32. La contracultura y el sexo. Chiara Scicolone
33. El solitario también fue luchador. Priscila Zaniuk

La primera vez

Franco Alarcón

Llegaba el fin de semana y todavía no había organizado a dónde salir hasta que un amigo me dijo de ir al cumpleaños de una conocida que tenía él. No sabía si ir, porque como no conocía a nadie me iba a sentir incómodo pero como no tenía otro plan de dije que sí.

Llegaron las 17 horas y mi amigo me pasó a buscar, llegamos a la fiesta y había muy pocas personas, empezamos tomando algo como en todas las fiestas y en un momento me voy a pedir un trago; cuando vuelvo mi amigo ya no estaba más. Lo empiezo a buscar y encuentro que estaba con unos amigos fumando marihuana. Me dice:

- Vení Tomás, tenés que probar.

Le dije que no, porque sentía que si probaba me iba a gustar y me iba a convertir en un adicto. Pero mi amigo insistió:

- Si no sabés cómo es el gusto, probá un poco...

Como insistió tanto decidí decirle que sí, por lo que me explicó:

- Aspirá fuerte y cuando sientas el humo exhalá.

Aspiré un poco y me terminé ahogando, era mi primera vez y no sabía nada. Los chicos que estaban ahí se empezaron a tentar de risa, y como no le había sentido el gusto les pedí que me dieran otra vez. La segunda aspiración la disfruté más y pude sentirle el gusto al cigarro.

Estuvimos hasta las seis de la mañana en la fiesta, y según mi amigo tenía los ojos colorados, entonces para no llamar la atención en mi casa entré lo más silencioso posible. Al otro día, cuando nos vimos, mi amigo me preguntó si me sentía bien y si recordaba algo de lo que había sucedido la noche anterior. No tuve ninguna consecuencia, y me acordaba de todo excepto de algunas lagunas producto del alcohol.

El primero de muchos

Juliana Arias Llanez

Luis era un joven de 17 años cuando todo comenzó. Hacía apenas un año que había formado una banda de rock con sus amigos del barrio, todavía eran novatos en el ambiente musical, pero novatos con talento.

Al año de haber formado la banda se les presentó la oportunidad de tocar en un bar del centro de la ciudad, acompañados de otras bandas más experimentadas que ellos. Estaban muy entusiasmados, el rock estaba tomando auge y sabían que era el momento para ganar seguidoras y hacerse conocidos en el mundo de la música. Digo música porque si bien se definían como una banda de rock and roll, tenían temas lentos y baladas.

Al llegar el día, un compañero de la banda estaba muy nervioso y para tranquilizarse comenzó a beber. Los demás integrantes de la banda casi ni se preocuparon porque era algo normal en su compañero, pero Luis sintió que esta vez podía ser diferente al resto, lo notaba más nervioso que nunca. Decidió ayudarlo e intentar convencerlo de que no siguiera bebiendo porque les arruinaría la noche tan esperada por todos. Después de una larga discusión (y algunos golpes y empujones), Luis logró hacerle entender a su amigo que emborracharse no era una buena solución.

Estaba todo listo cuando un joven de otra banda les comentó que entre los presentes había un reconocido productor musical. Esto aumentó el entusiasmo de la banda y las ganas que todo saliera bien.

Arrancaron a tocar algo nerviosos, pero al segundo tema ya todo marchaba bien como normalmente pasaba en los ensayos. Notaron que a la gente le gustaba lo que hacían y se sintieron aún más cómodos.

Al finalizar el show se sintieron muy emocionados y agradecidos por la buena onda y el respeto del público. Un hombre de traje se les acercó e invitó a que lo visiten en su estudio, quería facilitarles el lanzamiento de un disco que los hiciera conocidos en todo el país, y por qué no, en el mundo.

Aquella tarde

Sol Becker

Mi papá siempre tuvo dos pasiones indiscutibles: Racing y Perón. Hasta el día de su jubilación, trabajó de empleado en la fábrica de cemento en Loma Negra, un pueblito diminuto ubicado en las cercanías de Olavarría. Yo, de más chica, no comprendía su devoción por Perón, claro, en ese momento los pibes no nos involucrábamos en “temas políticos”. Lo que sí comprendía era su eterno fanatismo por la academia.

Era una tradición familiar vivir los partidos de Racing todos juntos: mi mamá hacía alguna torta y preparaba mate, yo jugaba con la bandera del club que colgaba de la cortina y papá se instalaba en su “sillón de la suerte”. Era el momento que más esperaba.

Fue en un partido contra Independiente, hace muchísimos años. El grito al gol de Racing de mi papá me quedó grabado para siempre, porque antes de gritar el común “¡gol!”, el agregó “¡Viva Perón, carajo!”. Fue ese día, cuando terminó el partido, que me animé a preguntar por qué querían tanto al General. Mi papá me explicó, cariñosamente (para mi sorpresa, pensé que iba a enojarse), que había sido el presidente que le permitió a él, como empleado y obrero, comprarse la casa en la que vivíamos, el televisor en el que miramos el partido y muchas de las cosas que teníamos. Por ello, cuando crecí, me hice peronista, y en el gobierno de Kirchner comprendí a lo que mi padre se refería aquella tarde hace tanto tiempo. Por eso, también, el día que pude conocer el Cilindro y llevar a mi hijo conmigo, en el instante en el que Simeone marcó el gol que nos dio la victoria académica, miré al cielo y grité “¡Viva Perón, viejo!”. Pude recordar, así, aquella tarde en la que mi modo de ver la vida cambió por completo.

Como las plantas

FlaviaBernio

Después de haber pasado varios meses sin luz porque la plata no alcanzaba para pagarla, tras cortes consecutivos, otros por olvidos o inversiones distintas, 12 amigos concluyen en que la luz solar es incesante, “excepto durante algunos minutos en un eclipse solar” negó uno, refiriéndose al fenómeno astronómico en el que una luna nueva oculta al sol de los terrícolas, sólo de ellos, y de lo que se interponga hasta el planeta Tierra.

Vendieron sus computadoras, celulares, heladeras, y todos los electrodomésticos. Seleccionaron algunos muebles, utensilios de cocina, caja de herramientas, indumentaria, zapatillas cómodas y botas de goma. El resto lo donaron a

los excluidos de cada una de las organizaciones militantes en las que participaban, quienes lo hacían dejaron la burocracia atrás y se fueron a vivir en el terreno que tenían los abuelos difuntos de una de las chicas. El dinero lo guardaron en un fondo común para posibles futuros recitales sin contactos que los hicieran entrar gratis o para alguna necesidad externa que no tuviera solución a corto plazo.

Allí cultivaron todo, tenían hasta una vaca que les daba leche, habían aprendido a hacer queso y dulce de leche en la cocina de leña que habían heredado de Doña Josefa y Don Esteban, los abuelos presentes en un gran cuadro en el medio del living. Era una pintura realista de sus dos cuerpos, con trajes de casorio, un esmoquin negro para el señor y un gran vestido blanco con un gran pollerón cubierto de tul para la niña. Los habían casado. Ella tenía 14 años, él el doble, pero se amaron hasta la final de sus días.

Sí, para el dulce de leche tenían que comprar azúcar; también tuvieron que usar dinero para las primeras cervezas que se tomaron, las próximas ya fueron de su propia producción; y los maníes se los mandaban sus seres queridos que pasaban muchísimo tiempo junto a ellos en la chacra. A todos les gustaba abstraerse unos días de todo lo que los consumía.

A veces, durante las noches, encendían velas que también las hacían ellos, pero por lo general les bastaba con la luz que les daba el sol durante las horas que le permitía la estación del año. El agua era de pozo; este no estaba contaminado porque era en el medio de la chacra, en el medio de la selvaparanaense, parecía imposible que sea de otra forma.

Nunca pudieron dejar de ir a recitales, nunca se olvidaron de las frituras (compraban aceite), tampoco podían evitar comprar levadura y harinas. Pero en ese lugar, donde la luz, el agua, la tierra, su vegetación y frutos eran abundantes, nada más podían pedir. Los libros y la capacidad de actuación audaz de algunos compañeros para interpretar distintas historias bastaban para la ficción. Sin contar los inexplicables sonidos diurnos y nocturnos, y las transformaciones que sufrían el orden de los muebles de la casa y, siempre, los rostros de los recién casados del cuadro.

Mi compañera de vida

María Sofía Bojanich

Era 1973 y había dejado la secundaria para ir a trabajar con mi hermano mayor. Entré a una fábrica textil que estaba tomando gente por la cantidad de producción que estaba teniendo. Tuve suerte y comencé a los pocos días en el sector donde preparaban las telas junto con Carlos, mi hermano.

Él desde hacía tiempo venía militando en el sindicato (uno de los pocos que en aquella época aún hacían las cosas bien) y gracias a su compañera de vida había ingresado a la agrupación Montoneros. Yo venía de una familia sumamente peronista y Carlos me insistía con el hecho que me sumara a militar en la fábrica y algún día tal vez me animara a formar parte de los compañeros en Montoneros.

Me llevó un tiempo acostumbrarme a la fábrica y el movimiento constante entre asambleas y reuniones en las básicas. Para Carlos y Estela era como si estuvieran en su casa, siempre sonreían sin importar qué pasara. La justicia social, la militancia y la política en sí los hacía iluminar la mirada.

Pasaron unas semanas desde que había comenzado a militar y la situación política se iba poniendo tensa, en algún espacio de nuestras mentes sabíamos que algo iba a pasar.

Luego de muchas luchas dadas se había conseguido la vuelta del General y todos esperábamos ansiosos su llegada. Para ser exacto, el 20 de junio del 73 fue. Todos los compañeros salíamos temprano de las básicas para poder llegar a ver al general. La ida fue pura alegría, cantos, manos agitándose con los dedos en “V” cada vez que un compañero se subía al camión y saludaba. El viaje fue así de eufórico, y el clima pasó de alegre a cortarse con un cuchillo de un segundo a otro; no supe en qué momento empezaron los enfrentamientos, pero correr corrimos todos.

Muchos nos escondimos entre los árboles más lejanos para escapar a las balas, la adrenalina que sentía no me dejaba ver bien y en un momento de nitidez pude vislumbrar a una chica de mi edad, mejor dicho de la edad que tenía en aquel entonces, que estaba tirada en el piso agarrándose la pantorrilla.

No dudé en ayudarla porque estaba en el medio de las corridas y en cualquier momento sería herida. Me acerqué a ella sin mediar palabra, la levanté y comenzamos a caminar lo más rápido posible para salir del lugar.

Cuando nos pusimos a salvo y los nervios se había calmado, pude mirarla bien y consultarle su nombre; “Josefa, aunque los compañeros me dice Narda”, tenía la voz más dulce que conocí y su pelo largo tenía el mismo color de las hojas del otoño que se estaba yendo.

Puedo asegurarte que me enamoré, pibe. Era única, porque era de esas mujeres que no tiene miedo a hablar; después de verla a Josefa, el 20 de junio, pasó a ser el día más importante de mi vida, no por la masacre que fue lamentable, sino porque desde ese día no nos separamos más; mejor dicho, por unos años no nos separamos.

Pasaron muchas cosas entre ese 1973 y el 1977 que me desgarró el corazón. Perón nos echó de la plaza y Narda (como debíamos llamarla ahora) estaba enojadísima por lo ocurrido, se sentía descartada y vapuleada por quien ella hubiera dado su vida.

Ella había terminado el secundario justo a tiempo antes de pasar a la clandestinidad, su diploma lo habían escondido en el sótano que tenía la casa antiquísima de sus padres. Cuando el general murió, entre llantos y nostalgia armamos las valijas para emprender viaje que no nos agarraran los garcas y cagones de la “Triple A”. Sí nos costó querido irnos, no era algo que estuviera en nuestros planes, pero “la patria y la organización lo demandaban”, o por lo menos eso me dijo mil veces Narda hasta que lo creí.

El 74 y el 75 fueron de provincia en provincia, hasta que mi hermano cayó en combate y decidí regresar. No me olvido más ese 24 de marzo de 1976, llegamos a la casa de mis viejos y en la radio los milicos anunciaban que tomaban el poder. Otro año de persecución y corridas, que en vez de separarnos nos unían más y más. Pasamos un fin de año tranquilo y pensábamos que el 77 sería tranquilo.

No fue así, a Josefa se la llevaron de la plaza donde me estaba esperando. Qué culpable me siento, maldita idea la mía de disfrutar de ese sol de verano.

No la encontré más, unos años después, ya en democracia, me dijeron unos compañeros que estaba embarazada.

Por él

Héctor Campos

Él era genial, era ideal; fachero, elocuente y gran artista, era lo que algún día yo llegara a soñar ser. Lo tenía todo: dinero, fama, talento y mujeres. Cada vez que lo veías te llenaba de emoción, era como tocar el cielo con las manos; era sumamente confortante y un deleite visual poder mirarlo.

Llegó el día, se presentaría en el teatro más importante de la ciudad y meses antes de la apertura deventas de las entradas me informé sobre la fecha y hora exactas en que saldrían a la venta. Estuve toda la noche esperando, pasando frío y dolor, pero no me importaba; por él, todo.

Yo era el encargado del club de fans así que era mi obligación informarme para poder comunicarles a mis compañeros. No tenía el dinero suficiente, así que hice todo el esfuerzo posible (como pedirle prestado a mis familiares y hacer unas changuitas por ahí), cuestión que logré llegar al monto que costaba una platea lo más cerca posible al escenario. Era una de las únicas veces que estaría en el país y no me perdería esa ocasión por nada. Una vez obtenida la entrada, esperé al tan anhelado día sin escuchar ni ver otra cosa que su talento puro.

Cuando llegué a hacer la fila para comenzar con el recital, ya había unas cinco, seis personas que estaban esperando unos minutos antes; no me preocupaba ya que yo tenía mi entrada preferencial y ellos se quedarían en la popular, no lo sentirían tanto como yo... pobre de ellos.

En una charla con esos muchachos y muchachas me crucé con alguien que compartía mi sentir y nuestra conversación se hizo extensa, y por cierto muy agradable. Pero había un pequeño problema, esa chica tenía un hermano pequeño que la acompañaba y que no sabía nada; sólo fue porque sus padres acomodados le habían pagado la entrada, un desperdicio.

En un momento determinado el pequeño empezó a decir cualquier cosa de mi ídolo, cosa que me enfureció a tal punto que por impulso llegué a darle un pequeño golpe en la nuca para que se calle, cuestión que fue interpretada por todos los presentes como si le hubiera golpeado brutalmente. Todos empezaron a murmurar y decir cosas sobre mí. Nunca fue mi intención eso...

Cuando apareció su hermana, que había ido a compara unas cosas minutos antes, la situación se puso más grave aún, porque los otros le comunicaron lo que había pasado de manera exagerada. Me puse muy mal por la situación, tanto que se me caía la cara de vergüenza. Pero de todas maneras, me quedé ahí, inmóvil en mi sitio, sin hablar con nadie, esperando desatar todo el enojo y la ira que me invadía al entrar al lugar y gritar con todas mis fuerzas; sabía que verlo y escucharlo en directo me calmaría.

Lo malo se va

Laura Castellanos

Mi trabajo es más difícil de lo que parece, no es sólo matar, es matar y esconderlo sin dejar rastro.

Me han llamado de muchas partes; del Congreso, del Senado, del Gobierno Provincial, y personas comunes también. Ya me he creado mi reputación, aunque no es muy buena ya saben a qué me dedico. No tengo familia y voy por la vida matando sin dejar rastro.

Una parte de mí no quiere seguir trabajando pero la otra parte quiere seguir haciéndolo para poder terminar con la corrupción en la ciudad.

Al ex senador del centro democrático lo maté yo; hice como si hubiera sido un suicidio pero no, él tenía más ganas de vivir que yo. Era un maldito ladrón que no se cansaba de robar al gobierno y me tocó hacerlo.

En la política la violencia no se puede evitar, porque siempre hay intereses de por medio. A algunos les gusta algo, a otros no, y por la falta de tolerancia es que se

mandan a matar unos entre otros; no es nada nuevo. A algunos, nadie se atreve a tocarlos, y a otros los manejan como títeres de arco.

Mi última víctima fue a través de un atentado cerca de la calle 142, al fiscal general de la Nación, obtuve su itinerario y los puntos clave para poder darle de baja. El único problema que podría haberme surgido era que no fuera a esa reunión que tenía porque ahí no había plan b. Lo necesitaba muerto porque mi mejor amigo, Pablo, al otro día tenía sentencia y si el fiscal iba lo iban a extraditar a Estados Unidos por el narcoterrorismo. No podía seguir vivo después de las cuatro de la tarde el fiscal.

Estaba llegando a la calle 142, cuando vi que había dos camionetas estacionadas en el edificio donde se encontraba el fiscal. Ya agarré al guardaespaldas de la camioneta y lo mandé a dormir por siempre. No había cámaras, así que nadie me vería.

Segundo, tercer, cuarto, quinto piso. Los subí corriendo y me escondí detrás de una puerta. Se acercaron, les disparé y los maté. Los guardaespaldas no alcanzaron a sacar sus armas y se quedaron muertos, no puedo dejar evidencia.

Salí corriendo y me subí a mi moto, viendo a lo lejos cómo se quemaba el edificio. Como dije antes, no podía dejar huellas de haber estado en el lugar...

Rebeldes

Miranda Cerdá

No encajaban en ningún sitio. No eran capaces de adaptarse al orden establecido. En realidad, no querían hacerlo. Eran felices por el simple hecho de no adaptarse, de no respetar las reglas, de pensar diferente, de querer un mundo distinto, de seguir otras normas.

Aparentemente, eran siete. Dos mujeres, cinco hombres, dos de ellos homosexuales. Eso al menos decían quienes juraban haberlos visto alguna vez. Pero lo cierto es que nadie sabe. Eran pocos los que se animaban a contar que los habían cruzado por la madrugada, vestidos de bordó.

Vivían escondiéndose. Nadie sabía dónde estaban, pero se movían rápido. “Sé el cambio que deseas ver”, escribían en las paredes por las noches y firmaban con una R seguida de un garabato. Colgaban pasacalles y, de vez en cuando, dibujaban símbolos de paz o trazaban algún mensaje en francés en el asfalto.

Algunos los copiaban, o al menos intentaban hacerlo, pero nadie era igual a lo que ellos hacían.

Una tarde de febrero muchos medios locales dieron a conocer la noticia de que estos señores, tildados de locos por muchos habitantes, habían sido capturados y arrestados por “alterar el orden público”. Para cuando la policía salió a desmentir el hecho, cientos de personas se habían movilizado por la libertad de estos rebeldes con causa.

Trascendió el mito de que ellos mismos habían vendido la noticia con el fin de provocar, justamente, eso que causaron. Si bien no toda la población se había movilizado, no hubo rincón alguno donde el hecho no hubiese causado conmoción. Y la historia tuvo un reconocimiento mundial.

Habían logrado su cometido, ese para el que tanto habían trabajado. Y es que las únicas personas lo suficientemente atolondradas como para creer que pueden cambiar el mundo, son las únicas que lo logran.

Sin fuerza de voluntad

Dolly Carolina Corrales

Las drogas pueden llegar a destruir la vida de cualquier persona sin importar la posición económica, raza o sexo. Algunos las utilizan por moda, para buscar un refugio o simplemente por aparentar frente a un grupo social. Esa es la historia de John, un joven de 15 años que fue sumergido en el mundo de las drogas solo para quedar bien con sus amigos. John era de clase media, tenía una familia unida y nunca le faltó nada materialmente hablando. Pero fue perdiendo el amor y el apoyo de sus seres cercanos a medida que fue entrando más en el mundo de las drogas.

Un día, John tenía que pagar una gran deuda que tenía con personas muy peligrosas. Su madre, quien fue la única que le brindó apoyo para salir de ese mundo, hizo hasta lo imposible para pagar la deuda. Sacó a su hijo del país un tiempo y lo internó en una casa de rehabilitación y John estuvo un año sin consumir ningún tipo de droga.

Pero después de reencontrarse con varios amigos del pasado, tuvo una recaída y volvió a consumir. Su madre lo amaba, pero se cansó de ayudarlo y que él no tuviera fuerza de voluntad para cambiar.

El vuelo

Agustín De Bianchi

Era febrero de 1968. Lian y su banda a la que hacían llamar The Rain viajaban en un viejo de Londres a Australia para tocar en la ciudad de Sidney. Ellos se caracterizaban por tener mala fama con las drogas y por tratar mal a los periodistas. Eran una banda de Rock and Roll muy importante de época.

Cuando estaban a bordo del avión Lian, el cantante, empezó a molestar a los miembros del grupo tirándoles galletitas dulces, algo normal en él. Luego, horas más tarde, comenzó a ponerse más fastidioso ya que estaba bastante borracho, y no paró de molestar a todos los demás pasajeros. En un momento le pidió a la azafata que le diera más galletitas, a lo que ella se rehúsa porque las había estado tirando. Entonces, Lian se fastidia con ella y empiezan a discutir de una forma tan agresiva que debió intervenir la seguridad del avión. Luego del incidente, Lian se quedó dormido producto de su borrachera.

Cuando llegaron a Sidney, una multitud de periodistas los esperaban en el aeropuerto. Lian habló con uno de ellos, y éste le dijo que la compañía aérea lo había deportado de por vida, a lo que él respondió: “no necesito viajar en una compañía, prefiero irme caminando”. Una respuesta bastante desafortunada, ya que ésa era la única línea aérea del país. Lian estuvo meses varado en el lugar solo, hasta que su representante pudo conseguirle un vuelo privado. En el viaje, le dijeron a Lian que la banda se había separado por su ausencia durante los últimos meses.

De pronto, escuchó una voz que le anunciaba la llegada a Sidney; fue ahí donde Lian despertó y se dio cuenta que había sido todo un gran sueño. Al bajar en el aeropuerto, una ola de periodistas se lanzó sobre él preguntándole por el incidente del vuelo, a lo que él respondió: “Pido disculpas a la empresa por mi comportamiento durante el vuelo, no voy a dejar que unas galletitas dulces terminen con el Rock and Roll”.

La droga del amor

Manuela Defina

Era el día 23 de noviembre de 1965, en una casa de barrio del Gran Buenos Aires, se encontraba Ivo, peleando con su mamá, como ya era habitual. Ivo tenía 18 años y era adicto a la cocaína; la socialización de la marihuana y su habitual consumo estaba llevando a los jóvenes a probar otro tipo de drogas. Esa vez, le había tocado a Ivo. Había estado tres años en rehabilitación, limpio, y hacía dos meses había vuelto a caer, como si fuera más fuerte que él. Su mamá, desesperada, ya no sabía qué más hacer.

Su educación fue muy buena, su mamá siempre cumplió su rol y el de padre, quien Ivo nunca llegó a conocer. Tal vez fue esto, la ausencia de su papá, lo que lo llevó a perderse en las drogas, aunque él nunca contó cómo fue que empezó a consumir. Para ese entonces, ya nadie apoyaba ni trataba ese tema -la drogadicción-, había menos centros de rehabilitación y menos personas que contribuyeran a esto, como una suerte de resignación masiva.

La diferencia con otros drogadictos era que Ivo sí quería salir de las drogas, sí quería vivir sin ellas, pero claramente no podía. Su principal motivo para seguir luchando era su madre, su pilar en la vida. Sin embargo, él no le demostraba importancia, vivía peleando y haciéndole todo más difícil. Como si no supiera demostrarle que él no quería seguir consumiendo, pero no lo podía controlar.

El 5 de diciembre todo cambió rotundamente. Su mamá le dijo que se iba a vivir a otra provincia, al sur, lejos de él. Ésta decisión fue a raíz de los cuatro años que llevaba en la lucha en una causa que parecía estar perdida, lo que la había hecho entrar en una profunda depresión. Ivo, como era usual, reaccionó mal y con violencia verbal, pero en ningún momento le pidió que se quedara o le demostró un poco de amor. La mamá se marchó, muy dolida, y lo dejó en el centro de rehabilitación por una cuestión de seguridad. Pasaron los meses y el chico siguió en rehabilitación, más enloquecido que nunca, hasta que un día se escapó y fue a su antigua casa.

La mamá tenía contacto con los encargados del lugar para seguir su situación lo más cerca que pudiera, por lo cual, Ivo tomó su número de celular antes de irse. Cuando llegó a la casa, el silencio era escalofriante. Pasaron las horas y la soledad le hizo sentir un gran vacío; el vacío de su madre. Pensó que sería el primer día, pero la situación siguió, entonces decidió llamarla.

Solo el vacío y la ausencia de su madre hizo entenderle que sin el amor de ella no podía vivir. Que había una droga aún más fuerte y adictiva que la cocaína: el amor de su madre, su compañía. Entonces la llamó, desesperado, y por primera vez pudo decirle todo lo que sentía por ella y decidirse a dejar las drogas con tal de que ella vuelva. La madre lloró de alegría y a los tres días ya estaban viviendo juntos, felices. Pasaron los años, e Ivo comenzó a trabajar, se puso de novio y se fue a vivir con la chica. Nuevamente feliz, hasta que un día, cayó de nuevo.

Lucy en el cielo con diamantes

Lucía Demmis

Ella estaba cansada de ella misma, de tener que comportarse de cierta forma frente a su propia familia, del colegio, de sus amigos, de la rutina. Ella quería liberarse y ser realmente ella; ella con su música, la que creaba con la guitarra que su abuela le había regalado antes de morir; ella con su fiel compañero Crole, su perro. Pero se había dado

cuenta que no podía abandonar su vida, que para eso faltaba tiempo: crecer, independizarse...

Sin embargo, encontró en ese momento una salida a todo eso, aunque fuese solo por ratos. Parecía todo perfecto en esos momentos: ella, Crole, su guitarra y la gran pipa que la llevaba lejos de su realidad. Pasaba horas fumando y alucinando con un cielo lleno de diamantes, brillos y colores, mientras escuchaba a The Beatles.

Lucy había encontrado su camino al cielo que tanto buscaba, un cielo colorido, lleno de paz y felicidad lejos de todo y de todos. En esos momentos, era realmente ella, Lucy en el cielo con diamantes.

Un viaje inesperado

Julieta Díaz

Era 23 de abril y yo quería seguir durmiendo, no tenía ganas de empezar el día; estaba lloviendo y se escuchaban los rayos caer en un cielo gris sin vida, era perfecto para no hacer nada y dormir con esos magníficos ruidos. Decidí levantarme porque ya era la segunda vez que mi mamá pasaba y tocaba la puerta, no quería que llegase una tercera. Iba pasando el día y faltaba cada vez menos para ir a idiomas. Se hicieron las cuatro, y cuatro y media empezaban las clases, por suerte no tenía que ir muy lejos. El salón estaba casi completo como todas las semanas. Fue un logro entrar, porque eran muy estrictos con aceptar las incorporaciones por fuera de su comunidad. Entré a los siete años y a mis 19 no he podido dejarlo. La profesora entró a la clase y nos habló en coreano, a lo que todos respondimos parándonos y haciendo una reverencia.

Tres horas después, volví a mi casa y me estaba esperando mi mamá con la merienda, aunque notaba que había algo raro. Me senté y conversamos de lo que había hecho en la clase, pero de repente me pidió un segundo porque quería decirme algo importante. Sacó un sobre y me lo entregó.

- Sé que es muy importante para vos, y lo decidimos con tu padre, nos pareció lo mejor para darte- dijo sonriendo- queremos darte esto por el esfuerzo que pusiste este tiempo estudiando.

Cuando abrí el sobre, había un boleto de ida y vuelta a Corea y una entrada para un show. Cuando lo vi bien me puse a llorar, me levanté y abracé a mi mamá, agradeciéndole. No lo podía creer, iba a ir finalmente a Corea, para lo que estuve ahorrando desde que era chica, y ahora se me daba la oportunidad antes de que pudiera hacerlo por mis propios medios. Ese día y los siguientes fueron muy agitados, a medida que pasaban los días mi felicidad iba aumentando.

El 12 de mayo de 1965 llegamos al aeropuerto, y todavía no podía creerlo, hasta que no estuve en el avión no logré caer completamente en que me estaba yendo. Mi mamá, llorando, me dejó ir tranquila, porque sabía que tenía dónde quedarme en Corea y conocí a la familia que me alojaría.

Después de más de un día de viaje, llegué. Estaba tan emocionada, que cuando llegué no conocí a NamSeok Park, quien estaba muy diferente; el ejército lo había cambiado. En el camino a su casa, fuimos hablando sobre nuestras vidas; había pasado doce años estudiando Hanguk (coreano) y cuando llegué allí me costó entender, porque cada lugar tiene su forma de hablar, sobre todo hablaban muy rápido.

El 14, sería el gran show; la noche anterior no pude dormir de la emoción que tenía. Park me acompañó toda la noche y fue ahí cuando me enteré que mis papás habían planeado todo con él para que pudiese ir. A las cinco de la tarde ya nos encontrábamos

en la fila, yo me agarraba del brazo de Park muy fuerte, producto de los nervios y la emoción que tenía. No lo podía creer, estábamos a sólo una fila del escenario.

Después de llantos, gritos y locura, el show llegó a su fin. Fue una hora y media, que pasó y se convirtió en la mejor de todas. Sólo me quedaban unos días en Corea y me volvía a casa a contar toda mi estadía.

Touch me, I'm sick

Leandro Emanuel Díaz

Julián no contestó los mensajes durante toda la tarde, yo sabía cómo funcionaba este sistema en él: no vendría. Tenía la entrada, salir solo no significaba un problema, no uno importante al menos. Llegaría al lugar, compraría una cerveza e intentaría conversar con el primer *grungie* que encontrase. Así fue, Niceto vega pasadas las 20 estaba casi vacía. Los fanáticos más crédulos se preparaban para ver Metz, la banda telonera.

Para mí Metz representaba un producto exclusivo de la factoría sub pop, por mucha influencia de Big Black y lo que fuera. Blancos bien alimentados subiéndose a las espaldas de un estilo agotado, predecible, que no podía ser tocado sino por sus pioneros ¿Quién aplaudiría a los nuevos Pearl Jam o a los nuevos AIC?

Enrostré mi opinión al primer pelilargo que expresó su simpatía por Metz. Sin embargo, no había gastado 200 mangos para rabiar con eso, lo había hecho para disfrutar de un buen concierto del rock crudo y apático de Mudhoney. Iba por la segunda cerveza cuando un corbobés con una botella de whisky empezó a hablarme. Un tipo extra macanudo, acompañado por una mina, que en el instante interpreté, era su novia. Lo mejor de este personaje fue que no le importó en lo más mínimo perderse la farsa de Metz. Al terminar mi cerveza acepté unos cuantos tragos de whisky, que hicieron un efecto inmediato. Entramos.

Mudhoney ya había ocupado el escenario y hacía sonar un tema de su último álbum, nada importante, pero contemplan la figura de Mark Arm, siempre distante, con su pelo corto, sus anteojos pseudo intelectuales, me animó excesivamente. Era un posicionamiento desinteresado con respecto a una movida caracterizada por lo desalineado y las archiconocidas camisas a cuadros, los pelos largos y las zapatillas sucias. Ni bien sonaron las primeras notas de *Hatethepolice* entendí que todo, absolutamente todo, se iría al demonio y yo también.

Salté, reboté, me golpearon, sacudí mi cabeza durante cada canción. Sin embargo, al volver sobre mí mismo por algunos segundos, noté que la mitad del público se encontraba quieto y expectante ¿Cómo? ¿No es un concierto de Punk? La respuesta era “no”, no era un concierto de punk o rock crudo, sino de *grungie*, y el *grungie* se había convertido en eso, una caricatura televisada, sin más arraigo en la escena que lo vio nacer. Empecé a impulsarme hacia atrás para empujar y chocar contra esa masa *grungie*, una y otra vez, estaba hartó. Al cabo de unos minutos sentí cómo mi brazo se retorció un patova me agarraba inmovilizándome; dos o tres pelilargos se acercaron al grito de “sí, sacalo”. El gigante me llevó afuera y antes de soltarme escuchó de mi boca todo lo que no podía decirles a los pendejos. Lo último que vi fue su puño inclinándose hacia atrás. Es todo lo que recuerdo, el cordobés me abandonó.

No me llames para comer

Martina Díaz

A la hora de la cena se despedía. Saludaba a Beto, que con el hocico húmedo y la lengua rosada lo miraba fijo, a un Jimi Hendrix colgado de la pared, al MickJagger sudoroso cantando “*Satisfaction*”, y a la cucaracha que acababa de pasar corriendo hacia un hueco oscuro de otra pared, se acostaba y se iba.

Se encogía de tamaño tanto que se llegaba a confundir con un ente irreconocible, una partícula de polvo flotando en el aire, un aire espeso que lo levantaba, giraba, movía para cualquier lado y él se dejaba. Entonces cuando la corriente lo dejaba quieto, suspendido, tenía cinco minutos para elegir a dónde quería ir ahora y la ventana de su cuarto le pareció una buena opción.

Por los cuatro vidrios de ese ventanal, separados por una cruz vieja de madera descarada, viajó a una especie de galaxia no reconocida donde una voz en off lenta y robótica lo recibió cantando “*Help*” mientras morigotes hechos con lapicera azul se movían al compás tocando bajos, guitarras, y baterías imaginarias. Y él, mientras se movía, ahora de cabeza, de un lado, del otro, se dividía en partes microscópicas y volvía a unirse ¡Qué feliz era en su ventana! Lo supo cuando un eco de una risa varonil le llegó desde lo lejos e hizo vibrar la galaxia. Los pequeños bichitos musicales saltaron y se desarmaron.

Y entonces empezó a retornar. Sintió que algo lo empujaba hacia atrás y su forma, despacio, se ensanchaba otra vez. Casi al final, todavía en aquel mundo, la extrañó. No sabía en qué vidrio buscarla ni por cuál nube aparecería esta vez; tampoco llevaba la cuenta de cuántos chicles masticados había utilizado para colgar su foto, esa que alguna vez le había sacado en el pasto mientras dormía adentro de su vestido violeta, alrededor del marco de su ventana. La música de TheDoors volvía a sus oídos, los pies volvían a sentir la circulación de la sangre y su cuerpo ya ocupaba otra vez la cama entera. Despertó del viaje renovado y agradeció haber pedido que no lo llamaran para comer.

Vete antes que encienda la luz

Alejandro García Pacherres

El sexo casual es el mejor, al menos eso siempre han dicho. Un encuentro totalmente egoísta. Efímero. No podría ser catalogado como idilio ya que el amor está ausente. Ni siquiera está como tácito. Aún después de todas mis reflexiones seguía sin entender cómo es que Tadeo lograba llevarse a la cama a una chica random.

- Ayer me levanté a una mina- dijo Tadeo, con un toque de soberbia.
- Suerte la tuya, no sabes cómo me está matando la envidia.
- Jaja, esa actitud funciona como un repelente de mujeres.
- Más como un filtro, diría yo.
- ¿Filtro de qué? – dijo él mientras buscaba algo para beber.
- No lo sé. No quiero perder mi bendita virginidad con una desconocida que quizás no recuerde ni mi nombre mientras cogemos – dije seriamente.
- Suenas como una quinceañera de la década del 50. Deberías salir conmigo.
- Sabes que tengo menos levante que tenedor en sopa.
- Eso es lo de menos, pequeño Jorge. Hoy iré a la casa de una amiga, vive con otra chica... Hoy es tu día de suerte – dijo mientras levantaba su vaso, como haciendo un brindis.

Luego de 21 años creo que no debo rechazar la oferta, quizás no sea tan malo como creo que será. Años de reflexión tirados a la basura. “No hay intimidad más profunda y exquisita que el diálogo”. Suena tan patético como el que lo dice. Al final de todo, mi instinto me guiará.

Llegamos a la casa de la amiga de Tadeo. Nos recibieron en la puerta las dos chicas, Isabel y Diana, muy arregladas para ser un lunes por la noche. Bueno, yo nunca hago nada los lunes, quizás por eso me parece tan extraño. Pasamos a la sala, nos acomodamos estratégicamente uno frente a la chica que levantaría en las próximas horas. Tadeo frente a Isabel, y yo frente a Diana. Sobre la mesa cuadrada había una botella de whisky; poco me importó la marca, procedencia y añejo, yo bebí como para perder la timidez que me tiene condenado de por vida.

Luego de habernos desinhibirnos lo suficiente, cada uno fue con su pareja a sus respectivas habitaciones. Me pareció algo increíble, seguía sin creer que me la llevara a la cama. La verdad es que no recuerdo cómo sucedió. Incluso las sensaciones siguen siendo borrosas. Lo que sí recuerdo con claridad, lamentablemente, es que me sentí terriblemente afligido al final del encuentro. Las luces estuvieron apagadas durante toda la noche. Seguro para no sentir vergüenza al mirarnos mientras lo hacíamos, pensé en ese momento. Mientras estaba sobre ella era inevitable preguntarme ¿de verdad vale la pena esto?

Al terminar, hubo silencio. Estábamos juntos en la cama, pero yo me sentía abandonado. Al amanecer, la zozobra era más pesada aún. Diana despertó y me saludó como si nada hubiese ocurrido. La línea entre el sueño/pesadilla y la realidad era corta. Las chicas se quedaron en la cama mientras Tadeo y yo nos marchamos. Él victorioso y yo vencido. No podía creer que el sexo pudiera ser algo tan superficial. Detestable cuestión de una sola noche. Y hasta ahora no puedo dejar de preguntarme ¡Cómo puedes despertar en la cama con alguien a quien no conoces?

Candela

Camila Iñiguez

Candela tenía 14 años, era una morocha con una sonrisa picarona y unos ojos verdes que cuando reía, brillaban como estrellas. Tenía tres hermanos con los que su mamá ha renegado día a día, pero ella prefirió siempre hacer oídos sordos, no le gustaba escuchar a Patri llorar luego de alguna pelea con sus hijos; bastante tenía con consolarla después de cada visita de su papá... no más de cinco minutos estaba el hombre allí, pero nunca faltaban los golpes.

¿Denuncias? Miles, pero el Estado no actuaba, quizás alguna que otra vez caía un patrullero, pero después de que Walter (así se llamaba su padre) se retirara, los policía se iban con un simple mensaje: “señora, si viene no le abra más”. Como si con eso se acabara el sufrimiento de Patricia, como si Walter no la persiguiera por la calle, ni la increpara llegando a la casa donde ella trabajaba como empleada doméstica; como si fuera culpa suya terminar toda moretoneada.

Candela hacía ya unos meses que se veía con un chico del barrio, se conocían desde siempre, porque ahí el pasatiempo después de la escuela – si es que van, ya que algunos por falta de contención y/o incentivo la dejan – es juntarse en la vereda del kiosco del barrio, al lado del mural que recuerda a Maxi, un pibe laborador que fue víctima del gatillo fácil hace dos meses. Se ve que la motito que usaba para repartir y la ropa

deportiva junto al camperón que lo resguardaba del frío le daban pie a la policía para pensar que escapaba de un acto ilícito.

Un día, Candela y Franco se vieron en la casa de la abuela de él, era el cumpleaños de Candela. Con el primer papel que había encontrado, él le envolvió un regalo; una pequeña cadenita con la letra C que le había comprado con su recaudación de trapito.

Ella, encantada, se dio cuenta que estaba enamorada. Sentía ese no sé qué en la panza y le brotaban ganas de gritarle que lo amaba. Quería que sus brazos la sostuvieran toda la vida. Demostró todo eso con un beso y comenzó a explorar su cuerpo, como lo han hecho todas las chicas de su edad. Ese día, ambos se conocieron en cuerpo y alma, Candela tuvo su primera experiencia sexual.

Los meses pasaron. Franco y Candela se siguieron viendo, a veces más, a veces menos; se peleaban pero se necesitaban. Ella comenzó a notar que subía de peso, que tenía ganas de vomitar todo el tiempo y que se mareaba. Mica, una de las chicas grandes del barrio, le comenzó a hablar de cosas que nunca le habían contado: preservativos, pastillas, enfermedades de transmisión sexual, funcionamiento del ciclo menstrual...

No, Candela no quería estar embarazada, no quería ni podía tener ese bebé. Su madre tendría otra preocupación y quién sabe lo que haría su papá si se llegara a enterar ¿Y Franco? ¿La seguiría queriendo?

Micaela le planteó una solución. Fueron juntas a ese lugar oscuro con paredes manchadas de humedad, olor nauseabundo y suciedad. Acostada en la camilla vio a la mujer que sostenía gasas y un pedazo de alambre en sus manos. Pensó si estaba haciendo lo correcto y fue lo último que pasó por su mente mientras le agarraba la mano a Micaela.

Candela tenía 15 años, era una morocha de sonrisa picarona y unos ojos verdes que cuando reía brillaban como estrellas. Candela nunca más tendría un festejo de cumpleaños, ni volverían a brillar sus ojos como estrellas.

Poster y fotos

Martina Jacquet

Juan tenía 13 años y le gustaba pasar las tardes jugando al fútbol con sus amigos del colegio. Siempre usaba la misma camiseta para jugar, era celeste y blanca y tenía el nombre de su jugador preferido.

Cuando entraba a su habitación, lo primero que veía eran sus posters y fotos tapando el color blanco de la pared. Los había ido pegando uno por uno; los sacaba de diarios, revistas o se los regalaba algún familiar o amigo, porque sabían que a él le iban a gustar mucho.

Juan veía todos los partidos de su ídolo, y lo defendía a muerte cuando alguien decía que jugaba mal. Era algo que no le gustaba escuchar, y aquellos que ya lo conocían esperaban su reacción cuando estas situaciones sucedían.

Lo que más quería era verlo jugar. Y, aunque todavía no lo había hecho, estaba seguro que algún día lo vería no sólo en posters y fotos.

Sueño truncado

Antonelia Listuer

Era agosto de 1969, nos reunimos alrededor del cálido y reconfortante fuego que me recubría con todo su esplendor. “El Woodstock and Art Music” se asomaba como el

mayor festival de música, ese que nos encantaba y nos hacía sentir liberados sin obligaciones ni prejuicios.

Llegó el día y ya no era una sensación, las bandas de rock, aquellas que me desataban y me llevaban a sentir goce de escucharlas. El gran y poderoso Jimi Hendrix salió a escena, lo miré fascinado y pensé: “¿Cómo toca la guitarra con sus dientes? ¿Acaso es magia, ha nacido con un don tan particular que no es posible describirlo?”

Aquellos Rock and Rolls tan fuertes que me hicieron correr sangre por las venas son la vida misma que alguna vez habría querido tener, pero también fue la vida misma la que hizo que ese deseo no se hiciera realidad. Todo fue tomando un color diferente y aquel poderoso género musical se convirtió sólo en un vago recuerdo que noche a noche me he imaginado durante este tiempo mientras ordeno mis CD's.

La música, el rock, imposible imaginarlos sin un bajo, como ha sido imposible pensar a los sin John Lennon; aquella guitarra que alguna vez habría querido tener y nunca obtuve, pero tuve la suerte de ver a “Slash”, haciendo magia con la suya en infinitos recitales.

Todo lo que hubiera querido tener y no tuve, una vida llena de música y pasión que sólo he visto en recitales, aquel mismísimo sueño truncado, desafortunado en ocasiones y hasta loco si así puede llamarse.

Aquellos rocks, aquellos acordes tan minuciosamente estudiados por los grandes del bajo, la batería y el teclado. Ni la minúscula parte de mi vida, ni la otra mitad que me queda, valen la pena para no agradecer lo que he vivido; mucho me hubiera gustado tener y quizás no he estado conforme, pero de lo que sí he estado seguro es que la música expresa los sentimientos mejores guardados, aquellos que recorren una infinita galaxia para lograr su cometido.

Música y Rock and Roll, dos grandes palabras que enaltecen su significado y enorgullecen mi espíritu poco jovial, a la vez que me recuerdan que jamás es tarde para poder vivir aquello que tanto se ha querido.

Su manera de vivir

Julieta Luchetti

En su casa de La Plata, de clase media y enamorado de la vida, Diego se vestía para asistir a misa como todos los domingos. En realidad, estaba enamorado de otras vidas que no eran la de él, ni la de su padre, tampoco la de su madre; mucho menos la de su hermano, estudiante de Derecho para conformar a su familia, un infeliz de 22 años que no buscó su camino.

Diego, con 17 años conoció a Paula, una chica de clase media baja, a la que le gustaban las bandas de rock, y era soñadora de un futuro que nadie, ni siquiera ella, planeaba. Ella fue quien le hizo entender que tenía que seguir lo que él quería. La conoció cuando, después de pelearse, una vez más, con su padre porque aún no sabía qué iba a estudiar, salió a caminar para despejarse. En realidad, él sabía cuál era su pasión, él quería tocar música.

Ella se encontraba, en ese momento, en la puerta del Club Atenas discutiendo con un policía porque no la dejaba entrar.

- ¿Qué me venís a decir a mí? ¿Por qué no puedo entrar? Acá son todos re giles.

Diego, escuchando la discusión, se acercó a ver qué pasaba, la chica con los ojos rojos no era de las que él conocía. Era diferente. Ella, cuando vio que él observaba la situación, le dijo:

- Y vos, ¿Qué mirás?

Nada pudo contestar, ella era lo que él quería ser. Él quería liberarse, no tener una vida ya establecida. Quería hacer su música, su rock; vivir su vida. Así comenzó a asistir a diferentes recitales, y allí encontró amigos, chicas, drogas y alcohol. Al principio se sintió raro, no era su ambiente “normal”. No estaba acostumbrado a vivir así: al caos, a los pogos, a gritar, al pelo largo. Pero le gustaba y se quedó, sintiéndose parte de eso; eligiendo su espacio y su rumbo, soñó. Comenzó a soñar un futuro con su guitarra, con personas que lo querían escuchar.

Enfrentó a sus padres y a su futuro que parecía ya decidido. Se opuso a él y creó un nuevo ser. Una nueva forma de vivir. La resistencia de su familia lo llevó a tomar decisiones dolorosas como alejarse y estar solo. Sin embargo, en esa soledad se encontraba con su guitarra y haciendo lo que quería; creando canciones y en el inicio de su carrera como músico.

Así siguió, aprendiendo y mejorando hasta, por fin, tocar para los que entendían su forma de vivir, su manera de contar, de expresar y de ser feliz.

Kaspar

Pedro Maza

Él peleaba por su vida, peleaba por la vida; él peleaba porque simplemente amaba pelear. Kaspar era un joven arrogante de unos 25 años que pasaba sus días recorriendo las calles de su ciudad, sumido en el más profundo resentimiento, veía a las personas felices pasar a su lado, sin siquiera observarlo.

Kaspar nunca lloraba, hablaba mucho y sentía que el mundo le pertenecía. A temprana edad escapó de la casa de su abuela y formó una pandilla muy peligrosa.

- Ya fue suficiente Kaspar-exclamó asustado uno de sus compañeros. Pero él no se detuvo hasta que lo sujetaron de ambos brazos y lo apartaron.

-Todavía no termino con él-dijo Kaspar con los ojos encendidos, llenos de odio.

El joven atacado apenas podía mantenerse en pie y fue escoltado hasta la salida por algunos miembros de la pandilla.

-Estás perdiendo la cabeza- gritó Fabio, el mejor y tal vez único amigo de Kaspar.

No hubo respuesta, Fabio siguió hablando.

-¿No te das cuenta de que si la policía se entera de que salió de nuestro pub estamos muertos?

Kaspar encendió un cigarrillo con perfecta serenidad y se mostró indiferente.

-No te permito que me cuestiones- dijo segundos después, clavándole la mirada.

- Éste es el final, me cansé de que nos expongas a tantos riesgos con tus juegos.

Hubo un breve silencio, nadie dijo nada, todos se observaban entre sí, perplejos, esperando una respuesta.

-Nadie te obliga a formar parte de esto – contestó, examinando su cigarrillo.

Fabio golpeó la pared con fuerza y sin decir más se marchó a paso rápido, con indignación y cierta tristeza.

-No le des importancia Kaspar- dijo el viejo Isidro tomándole el hombro. El idiota no está asustado por la policía, la verdad es que nunca disfrutó de las peleas y la violencia como lo hacemos nosotros.

Nunca nadie cuestionaba el liderazgo de Kaspar, su personalidad e inteligencia le habían permitido alcanzar lo que deseaba, pero ¿Era eso lo que en verdad le

apasionaba? Durante toda su vida, Fabio le había aconsejado que dejara el odio a un lado, pero eso parecía imposible.

Cuando peleaba, según decía, se sentía más vivo que nunca, su cuerpo respondía perfectamente al esfuerzo, la euforia era la única droga que no podía faltarle, la sangre le hervía en el interior, la ira se apagaba por escasos segundos y solo mientras peleaba y peleaba, para seguir viviendo.

Si dejara las luchas su corazón comenzaría a latir más lento, hasta dejar de hacerlo finalmente. Tanto amaba esto, que había tomado la decisión más difícil de su vida: ignorar a Fabio.

Los años pasaron desde el último día que lo había visto, y aunque pareciera extraño, comenzó a olvidarlo, casi por completo. Cada día que pasaba estaba más sumergido en ese eclipsado y peligroso mundo. Nadie habló ni supo nada más de Fabio, algunos decían que había desaparecido entre los castillos del viejo mundo, otros que se había internado en la selva colombiana, en donde nunca sería encontrado por nadie, jamás. Él no tenía necesidad de esconderse, pero lo hacía porque era un cobarde, según murmuraban los secuaces más cercanos de Kaspar. Sin embargo, él sabía que su amigo no era un cobarde, y eso le irritaba.

Algunas noches, en total soledad y armonía, Kaspar se hacía preguntas, intentando concebir el sueño, sin lograrlo en absoluto. A menudo se levantaba y fumaba nerviosamente, hasta que las preguntas eran acalladas por el sueño, y se dormía, a veces entre lágrimas.

Todos lo notaban extraño en el último tiempo, las llamas de su odio empezaban a ser apagadas lentamente por las frías aguas de la melancolía.

La calle 37

Agustina Moraño

Un grupo de jóvenes hermanos se habían mudado a la calle 37, sus días eran bastantes tranquilos porque nadie vivía por allá y eso era lo raro. Por las noches se escuchaba cómo una persona pasaba por la calle con su carrito de supermercado pero cada vez que miraban por la ventana, nadie aparecía.

Se corrían muchos rumores en el barrio sobre que en ese lugar algo horrible había pasado. En realidad nadie sabía qué, pero según comentaban una señora había muerto y su alma recorría la calle. Era obvio que ellos no iban a creer eso, era demasiada casualidad que justo hubiese muerto una mujer donde ellos se habían mudado.

Una noche invitaron a sus compañeros a quedarse a dormir, y tras horas y horas de insistir, éstos accedieron. Los ruidos se empezaron a escuchar y todos estaban ahí, cada vez se escuchaba más fuerte más fuerte; la puerta de la casa se abría y se cerraba cada dos minutos, estaban paralizados del miedo que tenían. Lo peor era para aquellos hermanos que dormían en la habitación con la ventana hacia la calle.

Cuando los jóvenes crecieron, cada uno se mudó a su propia casa, pero cada vez que se juntaban hablaban sobre aquel pasado oscuro. Se acordaban de cada ruido, pero nunca supieron si era cierto eso que habían escuchado o producto de las alucinaciones que les producía el consumo excesivo de drogas alucinógenas.

Caminando con la soledad

Juana Nieri

Podría culpar a la generación, a la música, a mis ídolos, a mis padres. Pero lo cierto es que ningún ambiente te determina. Uno simplemente es y elige ser.

En aquellos días, yo elegí ser algo que hoy me castiga, elegí una realidad que hoy me tiene presa. Para ser sincera, elegí de manera egoísta, aunque era de la única manera que podía elegir, porque sólo me tenía a mí misma, a mi juventud, mis éxitos, mis fracasos, mi isla.

Y entonces yo no podía culpar a aquellas personas, a aquella época, sólo me permitía hacerme responsable yo y echarle un poco la culpa a esa fiel compañera que transitó conmigo ese camino de ida, la soledad. No siempre estuve sola, el problema fue que cuando mi niño nació y la soledad se alejó, las drogas se quedaron. Quise dejarlas, por él, por mí; pero ya habían ganado. Y me transformé en algo que apenas recuerdo y ni siquiera reconozco.

Ahora estas cuatro paredes me sofocan, mis brazos están atados, inmóviles. De vuelta mi vieja amiga no me deja sola. Sola, un camino que había empezado y terminado en el mismo lugar.

A veces mi niño me viene a visitar, como hoy. Ya no es el mismo, cada vez lo encuentro más grande. El tiempo sigue corriendo allá afuera. Me cuenta sobre la escuela, los amigos, la chica que le gusta. Me mira con un poco de pena y contiene el llanto.

Hoy quise volver a elegir y hacerlo diferente, quise verlo crecer. Lo quise abrazar y pedirle perdón, pero el chaleco de fuerza no me dejó. Creo que él lo entendió en mi mirada y no hizo falta decir nada.

Llamaron a la puerta, la visita había terminado. Otra vez, sola. Las drogas ya no estaban, y mi hijo tampoco.

Los genocidas del amor y paz

Pehuén Nuñez

Las piernas le arden al sentir el contacto con las espinas, pero sabe que debe seguir. El fuerte viento helado no le ayuda y lo arroja sobre los cactus, pero su sentido de supervivencia es más duro que su lastimada piel. Sabe que si frena lo encontrarán, y que no temerían mancharse las manos con la sangre de un simple profesor universitario. Después del asesinato del presidente, todas las otras muertes parecen un trámite.

La rapidez con la que se habían desarrollado las cosas los había tomado por sorpresa. El martes 9 de septiembre, todo tipo de software cayó y así los rebeldes, que ya contaban con un buen armamento, lograron apoderarse de varios arsenales, entre los que había bombas nucleares. Simultáneamente, a las 15:24 de la tarde, se cometían los crímenes que desestabilizarían al gobierno. Tres atentados lo suficientemente eficaces fueron suficiente para provocar una acefalía, al quedar el país sin presidente, vicepresidente y jefe del ejército. A las 21, los pelilargos entraban a la Casa Blanca.

A partir de ahí todo había sido vertiginoso, el cambio de gobierno, la asunción de la Junta General de Jóvenes al poder y el comienzo de la persecución. Nadie se pensó que esos autodenominados hippies estuvieran tan sedientos de sangre y venganza. Rápidamente, los políticos y los ideólogos fueron buscados y asesinados. El resto de los adultos, esclavizados. Claro que hubo revueltas para impedir esto último, pero la gran

purga nuclear de Miami fue suficiente para acallar a cualquier clase de intento contra revolucionario.

“Yo los incentivé” pensó Richard Copeland al ver la primera cadena nacional del nuevo régimen, con sus alumnos como líderes. Ahora, huyendo en la espesura de algún bosque rumbo a Canadá, lo seguía pensando, pero también se sentía furioso, lo habían engañado. Se habían escondido bajo esa máscara hippie y él les había creído.

Su casa había sido de las primeras en explotar, ellos en realidad lo veían como un peligro y él estaba ahora determinado a ser ese líder de la oposición que tanto temían, por lo que con las pocas armas del equipo de caza de su difunto hermano se internó en el bosque y comenzó su largo camino al norte.

Tenía que llegar, tenía que avisarles a todos. Porque lo que fabricaban los esclavos eran misiles, miles de ellos. Para los “falsos hippies”, la revolución no se iba a quedar en un solo país, querían la revolución mundial, y la sangre que corriera, no sería más que un mal necesario.

A veces la soledad desespera

VivianaPalandri

Recuerdo mi infancia, cómo extraño aquellos días que solía pasar junto a mi familia. La relación con mis hermanos y mis padres era muy unida, ya que convivíamos y nos divertíamos todos juntos.

A mis 10 años, le detectaron a mi padre una terrible enfermedad, desde ese momento, todo comenzó a ser distinto. Esto contrajo muchos problemas en casa, mis hermanos y mi madre se enfocaron en el problema de salud que estaba teniendo mi padre y me sentí desplazada por mi propia familia. La falta de dinero para pagar los gastos en la casa hacía que todos estemos irritados y preferíamos salir a vagar por las calles.

La soledad y el rechazo que sufría por parte de ellos era tal, que me enfurecía y llenaba de ira, además no podía entender la enfermedad que le aquejaba a mi padre, aquel hombre que siempre dio todo por nosotros, me preguntaba una y mil veces por qué nos sucedía eso.

Ante la indiferencia por parte de mi familia, decidí empezar a salir a divertirme con un grupo de compañeros de mi colegio. Nos solíamos escapar por la noche a tomar alcohol, fumar cigarrillos, volver a horas no adecuadas para la edad que teníamos. Así fueron transcurriendo los años. En aquellos momentos, creí ser invencible, tener el mundo a mis pies.

Cuando cumplí 15 años me hice adictas a las drogas. Consumía, y mis padres no se daban cuenta ya que tenían demasiadas responsabilidades laborales. Sólo recuerdos habían quedado de aquella familia feliz que alguna vez fuimos. Cuando se dieron cuenta de mi problema, ya era tarde. Aunque me reprendieron, ya no podía salir. Me encerraban en mi habitación e igual me escapaba. Hubo un momento en el que no tenía dinero ni para las drogas, y con mi grupo de amigos salimos a delinquir.

La desesperación de mi madre era tal que intentaron internarnos en centro de rehabilitación. Allí estuve bien un tiempo, pero volví a recaer. Los chicos de los que me rodeaba, que decían ser mis amigos, no estuvieron en ese momento. Me sentí sola y sabía que lo que hacía estaba mal y me preocupaba mi destino. Al poco tiempo falleció mi padre, ver a mi mamá lo dolida que estaba me hizo muy mal y me destruyó aún más. Me pregunté, entonces, por qué seguir causando problemas si ya había suficientes. Pero por más que intentaba, no podía controlar la situación.

Nuevamente, salí a robar, pero esta vez no pude escapar, la suerte no estaba de mi lado. Me encerraron en un frío calabozo, oscuro, donde me encuentro ahora. Estoy sola, enferma y pensando en lo tonta que fui en no haber valorado lo que mi familia me brindó y yo por querer escapar de la realidad, en vez de afrontarla, caí en este mundo tan horrible. Fue en lo único en lo que pude refugiarme después, y el camino que sigo ahora, es la Fe en Dios.

¿A quién le importa? Así soy yo

Jaqueline Andrea Pinto Penado

Iba caminando por la calle y todos me miraban de manera extraña. Siempre me gustó usar pantalones flojos y camisetas grandes de colores vivos; casi nunca me he peinado, ya que me parecía una pérdida de tiempo por las mañanas ¿Cuál era la necesidad? El pelo iba a enredarse de todas maneras en el transcurso del día, mi madre me regañaba que siempre lucía desalineada, como si acabara de levantarme. Ella era de las típicas señoras de sociedad, siempre bien perfumada, con falda y tacones, su cabello recogido o suelto pero siempre en su lugar. En realidad, no recuerdo cuándo fue la última vez que la vi sin maquillaje; a mí eso del maquillaje tampoco me gustaba, ni siquiera usaba corpiño, siempre ha sido mejor ser natural.

Un día como cualquier otro me preparaba para ir a la universidad, el único lugar donde he sentido que puedo ser yo misma; nadie me ha juzgado, ya que todos eran como yo, es decir que se tomaban la vida tranquilamente y no les preocupaba el mañana. Ese día, mi madre entró a mi habitación y me dijo que abajo me esperaba mi padre con una maleta al lado, le deseé bien viaje, ya que él viajaba a menudo por cuestiones de trabajo; me abrazó, pero me dijo que la que se iba, era yo.

Vi a mi madre al pie de la escalera y comprendí que la idea había sido de ella, siempre se avergonzó de mí; siempre me dijo que no era mujer e hizo esfuerzos en vano por enseñarme a cocinar u obligarme a usar ropa más ajustada. Sin embargo, nunca le había dado problemas, mis notas eran las mejores ¿Por qué era menos mujer que ella por no cocinar o no usar vestidos? Nunca estuve de acuerdo con eso, era igual que ella y que mi papá, y que todos; no me consideraba más ni menos que nadie. Tampoco entendía por qué mi padre cada vez que venía se hacía atender como un rey; no estaba de acuerdo con que sólo por ser hombre no ayudase en la casa, me parecía la peor excusa del mundo; si yo podía, él también.

Nunca creí que mi madre fuese capaz de alejarme de ella sólo por vergüenza. Me había inscripto en un internado para señoritas donde me enseñarían todo lo que necesito para ser una buena esposa. No necesitaba saber planchar, lavar o cocinar para serlo.

No me han dejado inscribirme en la carrera de ingeniería por ser una carrera para hombres, por lo que me había tocado el secretariado. Espero que algún día todo esto pudiese cambiar, y que las mujeres y los hombres seamos tratados por igual, donde no nos juzguen por cómo somos o por ser mujeres. Mientras tanto, he de seguir firme con mis pensamientos e ideales y veré cuánto tiempo puedo aguantarme este internado para señoritas.

Decisiones equivocadas

Paula Rodríguez

Ya no los aguantaba. Se gritaban todo el día, rompían vasos, pegaban portazos. No les importaba nada, ni que los vecinos escucharan, ni que mi hermanito Thomas llorara todas las noches.

Desde que mamá descubrió que papá la engañaba con la rubia de pechos grandes y piernas largas a finales del año pasado, las cosas habían ido de mal en peor. Sé que ella lo perdonó por mi hermano y por mí, para que sigamos siendo una familia unida, pero lo que mi madre no entendía era que por dentro nosotros rogábamos que se separaran, antes que seguir viviendo en ese infierno.

Por mi parte yo hacía lo que quería, ya nadie me prestaba atención. Sacaba malas notas en el colegio, salía todas las noches y nunca me levantaba a almorzar. De lo único que me encargaba era de cuidar a mi hermano, quería protegerlo para que su infancia se perturbara lo menos posible. Lo ayudaba con su tarea, jugábamos al béisbol en el parque y dormía conmigo todas las noches. Si tuviera que rescatar algo bueno de estos tiempos es que estuvimos más unidos que nunca.

Un sábado a la noche, luego de que Thomas se durmiera, escapé por la ventana como de costumbre y Leo, mi novio, me esperaba con la Ford naranja y destartada afuera. Después de manosearnos y besuquearnos un rato, partimos hacia el lago, con porro en mano, a encontrarnos con nuestros amigos. Empecé a consumir drogas cuando conocí a Leo, en una fiesta a la que fui la primera noche que me escapé, la misma en la que mi madre se enteró del engaño y comenzó el caos. Primero fue un porro inofensivo, al mes siguiente la cocaína, y al otro, el éxtasis.

No estaba ni de cerca enamorada de Leo, había jurado no enamorarme jamás porque había visto cómo el amor y su posterior traición destruyeron a mi familia. Pero el chico conseguía droga fácil, y eso me servía.

Consumir cualquier sustancia que me hiciera olvidar quien era, era la mejor manera que había encontrado de sobrellevar los problemas. La marihuana me relajaba, la cocaína lograba que me olvidara de todo, el éxtasis me había reír, el crack me acercaba a la muerte.

Llegamos al lago y allí estaba Rosalie, Margo, Esteban y Julián, bailando y cayéndose como unos tarados. Me causa gracia la gente que cree que drogarse es *cool* y canchero, cuando en realidad, dan lástima. Había sido una noche dura, así que le pedí a Leo que me diera cocaína, y para mi mala suerte, él decidió por una pastilla de éxtasis. Siempre que la consumía se volvía loco y quería poseerme a toda costa, yo siempre había encontrado la forma de escaparme. Pero esa noche no tuve suerte.

Al principio le dije que se aleje, pero obvio que no me hizo caso. Intenté distraerlo, pero tampoco funcionó. Cuando de un manotazo me bajó el pantalón empecé a forcejear, pero la cocaína me había entumecido mis músculos, y él tenía más fuerza que yo.

Entre gritos caímos al suelo, rodamos, risas, me golpeé la cabeza, y silencio...

El llanto de mi madre, la voz de mi hermano, el marcapasos chillando, perdón Thomas, perdón por dejarte solo.

Silencio eterno...

Verte y festejar

Daiana Rojo

“Levántate Martina, mirá lo que te conseguí, ¡Feliz cumpleaños!” la despertaba su mamá, mostrándole una entrada al estadio de Racing de Olavarría; allí tocaba Don Osvaldo, su banda preferida. En realidad, era Callejeros, pero cuántos cambios atravesaron después del episodio de Cromañón, para aquel día llamarse Don Osvaldo y no poder tocar en Capital Federal y cercanías.

Aquella mañana de marzo, tan llena de sol y que avisaba un hermoso día, Martina se levantó feliz, por cumplir un año más de vida, pero además porque ese mismo día conocería a su banda de rock favorita, la que creyó que nunca podría llegar a ver por esas cosas de la vida, de la política, de la corrupción y de algunos egoístas que aquel 30 de diciembre decidieron prender una bengala en Cromañón; esos, que desataron el desastre que marcó un antes y un después en el rock argentino. Los ídolos musicales de Martina estaban presos desde que ella era una niña, por lo que había perdido esperanzas de poder verlos algún día, hasta que para su cumpleaños de 18 su mamá apareció con la entrada a ese sueño.

Ese día la adolescente compartió con familiares y amigos mates, torta, y alguna que otra cerveza empezó a girar. A las 20 horas, en un hermoso atardecer ya a punto de terminar para oscurecer totalmente la noche, ella llegó al lugar, llena de expectativas y con un cuerpo que no podía alojar más alegría y euforia. Con sus pantalones rotos y una remera con la inscripción de “verte y festejar”, y las zapatillas poco sanas que atestiguaban muchos recitales más, entró acompañada de su mejor amiga. En el lugar, un mar de gente esperaba escuchando la banda soporte.

A las 22, entre el silencio, tronó la voz del líder, Patricio Santos Fontanet, que empezó a sonar con su canción “si querés que sea yo” y el pogo más feliz en la vida de Martina comenzó a saltar y a hacerle vibrar el corazón. Todo estaba a su favor. Era feliz.

Entrelace de culturas

Anabella Roldán

Corrían los años 60 y el mundo estallaba de mil maneras, en lo social aún más. Nuevas clases sociales habían surgido, y los jóvenes eran el factor principal de este desplazamiento de culturas en las calles. Entre todo este revuelo se encontraban dos chicos argentinos que habían escapado de su país atravesando la frontera estadounidense, esa que luego se apoderaría de ellos para sacar las más locas ideas culturales.

“El Vasquito” como lo llamaban sus amigos y Tito habían llegado al norte de América sin la menor idea de qué hacer, buscaban trabajo y hacía amistades con extranjeros como ellos. Vivían en una pensión roñosa, que la pagaban haciendo dibujos en el banco de una plaza, mientras una señora mayor de pelo extremadamente blanco, se acercaba a ellos con curiosidad, sonriendo y diciendo en inglés “acá hay potencial”.

Un día soleado de septiembre, estos argentinos vagabundos se encontraban en la misma plaza de siempre, cuando un grupo de jóvenes de aproximadamente su misma edad, pasaron por allí de forma ruidosa y con carteles de los cuales no entendían mucho. Curiosos, el Vasquito y Tito, siguieron el movimiento queriendo saber qué pasaba. Allí, se encontraron con otro extranjero vecino, un loco chileno que les informó del asunto.

Este movimiento era una marcha cultural en contra del gobierno, de su propio país que se hallaba en guerra. En contra del sistema, estos jóvenes de pelos largos iban por las calles pintando paredes de colores y gritando con todas sus fuerzas que no estaban de acuerdo con nada de lo que pasaba.

Pasaban los días y el movimiento tomaba forma con dos argentinos que le sumarían y harían de él una explosión cultural. Tito colaboraba con sus dibujos en las paredes con mensajes imponentes y el Vasquito dándole color a esas ideas, así estos se opusieron a una guerra en la que Estados Unidos era parte y de la cual no estaban de acuerdo. Así los norteamericanos adoptaron sus ideas y ellos la de estos para luego formar eventos, recitales y marchas que surgían en las calles como forma pacífica de estar en contra del Estado.

Pasaron los años y estos dos chicos volverían a su país para generar lo mismo que en Norteamérica, una revolución cultural, pero que ahora en Argentina, sería reprimida por otro tipo de Estado.

Plantas prohibidas

Tomás Rolling

Joaquín estaba tirado en el sillón, y miraba la tele. La película que pasaban era vieja ya, la había visto un par de veces pero no importaba; se reía igual. Sus ojos, un poco vidriosos, miraban la pantalla con atención, con esfuerzo. Su mano izquierda se movía mecánicamente, repitiendo el mismo recorrido: entraba en la bolsa, agarraba una papa y la llevaba a su boca. La otra mano descansaba al lado del cenicero, que desprendía un fuerte olor dulzón. El brazo que agarraba las papas cambió su patrón, y puso el reloj frente a sus ojos. Bien, todavía tenía tiempo. Terminó de ver la película y se recostó en el sillón, dormir un rato no venía mal.

Un fuerte ruido lo despertó. Abrió los ojos desconcertado, mirando para todas partes. Un hueco del tamaño de una puerta se hallaba donde tenía que estar su puerta de entrada, y dos tipos vestidos de azul se acercaban a él, apuntando con sus armas. Lo miraron fijo, como esperando que no se despertara. El televisor seguía prendido, de fondo, omnipresente. Levantó las manos y abrió la boca para decir algo. Los otros dos dispararon, sin cuidado. Pero Joaquín fue rápido, se agachó usando el sillón de trinchera. No tenía mucho tiempo, había que idear un plan. Agarró los almohadones del sillón, uno en cada mano y los tiró hacia la puerta, esperando bloquear el campo de visión de sus agresores y corrió.

Frenético, cruzó la sala de esas dos enormes zancadas y entró a su cuarto. Cerró la puerta detrás de sí, y pudo sentir las perlas de sudor correr su frente. Los policías no eran tontos, golpearon la puerta y dispararon. Pero Joaquín lo vio venir, ya estaba en el balcón, listo para saltar.

Un segundo de indecisión. Miró sus plantas en el balcón. Las despidió, les pidió perdón. Ellas le respondieron a su manera, el aroma dulce que ya conocía le llenó las fosas. Sus siete puntas eran lo que las volvía ilegales, imposibles. Así que Joaquín las pasó por encima, se subió a la baranda del balcón y cayó.

¿Hasta dónde pueden llegar los límites?

FedericoSánchez

Solo por avanzar aproximadamente diez metros, la disputa en la calle es innegable, constante. El conductor repite los pasos cada vez que quiere triunfar, cada avance viene acompañado de un freno repentino. Él se encuentra entrando en una rotonda, ella viene por la misma proporcionando un cruce, detrás del móvil, infinidad de coches concluyen en la fila, en ambos sentidos.

El conductor del transporte público podría adelantarse en experiencia, se encuentra tranquilo y sereno. A pesar de que la mente le da la posibilidad, al ser humano, de pensar antes de actuar, no se disminuye los accidentes en la vía pública.

Todo sucede en un instante. Ambos aceleran, hasta que el impacto se produce, provocando dos daños mínimos y también produciendo un embotellamiento más enorme del normal.

El acompañante del móvil conducido por ella, baja del mismo y sin medir consecuencias, arroja un cascote hacia el parabrisas del transporte público. Luego de arrojar el proyectil, la luz da verde y huyen los dos en el automóvil. Ninguno de los pasajeros del transporte salió herido.

La calle se presenta en la sociedad cada vez más complicada, las leyes no son cumplidas y los accidentes producen daños irreparables. La educación vial disminuye. La calle, la "yeca", o el pavimento es un lugar donde las escenas llegan hasta límite que nadie puede imaginar.

La contracultura y el sexo

Chiara Scicolone

El viento vibra y acaricia bruscamente los párpados de Julio, un whiskey apoyado en la mesa es testigo del desasosiego que se produce en lo más profundo de sus pensamientos. Mientras tanto, suspira y se lleva un cigarrillo a los labios.

El cigarrillo... Julio no tenía muchos vicios, pero éste lo había agarrado por aquellos años 50, en sus tiempos más cargado de indocilidad adolescente. Probablemente, la misma fecha en la que conoció a Rosa en el rincón de un sucio y viejo bar, en donde la invitó gentilmente a un baile, que más tarde terminaría en besos y después en una severa sesión de sexo en el auto de Julio.

Muy lejos se sitúan ya esos momentos de pasión ferviente y devoción del uno al otro, y ahora Julio se encontraba en el pato delantero de su pequeña casa, envuelto en el viento y con un cigarrillo en sus manos contemplando todo lo que sentía.

Por más que quería pensar claro, sus pensamientos se desviaban en el recuerdo de su cintura, sus labios carnosos, su ombligo, sus piernas desnudas. Seguidamente, se percataban de que no estaba pensando en Rosa y tragaba saliva, nerviosamente. Se sentía más tranquilo recordando a su amante en su patio de todas formas, pues no pensar en ella al frente de Rosa lo hacía sentir extrañamente más seguro, con menos riesgos de romperle el corazón, como si ella pudiese leer sus pensamientos.

Y la verdad, es que no se lo quería romper, porque la amaba. La había amado durante todos esos años, pero el tiempo pasó por la piel de Rosa, la desgarró lo suficiente para que Julio deje de sentirse atraído por ella.

En este encuentro con la soledad, Julio se planteaba el porqué de las cosas. Deseaba con todas sus fuerzas tener a amabas y maldijo a la monogamia más de una vez. En este

planteo hacia sí mismo, Julio recordó una frase de Sigmund Freud que prácticamente explicaba que el ser humano tiene mucho más a ser infeliz que a ser feliz, que estamos condenados a la desgracia. Que había tres factores que nos hacían infelices, y que uno de ellos era nuestro descontento social. El ser humano no puede entender cómo las normas y las instituciones que él mismo creó nos fallan diariamente. Nosotros impusimos la monogamia entonces, ¿por qué nos cuesta tanto? ¿Será que el ser humano no está configurado para esta forma única de amor? ¿O tal vez no estamos preparados para la mayoría de las normas sociales?

Exhala el humo una vez más antes de concretar su decisión. Se levanta, toma un sorbo de whiskey, se dirige hasta la habitación de Rosa, su habitación, la que habían compartido durante tantos años.

La bronca lo invade, pero también el miedo. Se mira al espejo, se siente agresivo, violento. Vuelca su mirada hacia Rosa, la contempla dormir por unos minutos antes de hacer algo que debería haber hecho hace tiempo. Pasan veinte, treinta minutos. Cierra la puerta, se va, nunca vuelve. Una nota escrita a mano descansa en su mesa de luz.

“Te tapé,

Para que no tengas frío.

Cerré la cortina,

Para que no te despierte la luz.

Y te di un beso.

Y me fui.

Para no lastimarte.”

El solitario también fue luchador

Priscila Zaniuk

Ese fue un día que comenzó con resignación, guardamos con mis papás un montón de cajas con tartas, pizzas, gaseosas y snacks que funcionaron como única motivación para que vaya a la casa del tío Samuel. Cada año era lo mismo, mejor dicho, éramos los mismos: mi familia y alguna que otra vez una vecina del edificio que se acordaba del cumpleaños de mi tío. “¿Tendrá amigos?” pensé, y justo me interrumpió mi mamá.

- Llegamos, Joaquín. ¿Podés cambiar la cara?

Lo dijo como si estuviésemos por entrar a la mejor fiesta del mundo y yo fuese un aburrido. Ya estaba ahí, y lo mejor que podía hacer era intentar que el tiempo pasar lo más rápido posible. El tío Samuel abrió la puerta apenas sonó el timbre y lo primero que me salió decirle fue “¿Y tus amigos? ¿No tenés?”. Le pregunté sin filtro, como si la idea se hubiese tirado de un tobogán desde mi inconsciente hasta mi boca. Me sentí mal, no se le pregunta eso a la gente.

- Esa es una historia que ni yo tengo ganas de contar ni vos de escuchar, nene -. Respondió nostálgico y enojado.

Por alguna razón, mi atención y duda se alimentaron aún más con esa respuesta y comencé mi interrogatorio. Después de varias preguntas y respuestas, la frase que más me movilizó fue “Es que cuando militaste allá por los 70 y a tus amigos los viste desaparecer uno por uno por ser “subversivos” no te quedan muchas ganas de festejar cumpleaños y mucho menos con quien hacerlo.”

El tío Samuel me contó que el solo hecho de tomar las calles para pedir por lo que creías justo te condenaba a la muerte por ser un “rebelde irrecuperable”; que Argentina

no fue el único país que sufrió una dictadura en esa época, sino que fue una especie de moda que se expandió por casi toda Latinoamérica.

- Las calles eran como el noticiero en aquel entonces, funcionaban para que la gente vea lo que estaba pasando, pero lo que pasaba de verdad, no el circo que montaban. Además, salir a la calle era decir “todavía tengo alas de libertad”. Dijo mi tío Samuel enorgullecido.

La verdad es que nunca antes se me hubiese ocurrido pensar la calle como un lugar con tanta importancia, fueron las pasarelas de un momento de lucha. La pregunta que surgió cuando no debía surgir me llevó a saber más de mi tío, el por qué está solo y además a mirar con otros ojos un lugar que me era indiferente pero está cargado de significado: la calle.